

LA MIRADA

No puedo olvidar sus ojos, grises y brillantes como el acero, ni su mirada, fría, sin dejar traspasar un rastro de emoción. En cuanto los vi supe que algo iba mal, sentí un miedo que me atenazaba. La cabeza me decía que tenía que salir de allí, pero el cuerpo se negaba a obedecer. A mis oídos llegaba solo el silencio de un vacío con eco. Sí, una sensación extraña de estar aislada del mundo, de flotar en la nada. Le vi acercarse hacia mí con movimientos lentos. Creo que en realidad lo imagine, porque ahora que lo pienso solo veía sus ojos, cada vez mas cerca de mí. De pronto, dejé de verlos y sentí que mi cuerpo se desplomaba. Ahora, la cabeza me estalla, golpeada por una explosión de voces y la estridencia de sirenas que proclaman urgencia. Noto como el dolor recorre mi cuerpo mientras mi cerebro intenta procesar explicaciones. Las imágenes me bombardean como relámpagos, intensas y fugaces: coche, tormenta, puente hundido, caída y, de repente, la nada. Hasta que el hombre de los ojos grises y la mirada fría me sacó de entre los hierros y me entregó de nuevo a la vida.